



El Renacimiento Isabelino (*)

ANTONI GURI

A veces puede ser un buen ejercicio visualizarse a uno mismo lejos de las coordenadas espacio-temporales que nos enmarcan, en las que por un lado nos sentimos seguros ya que parecen algo consubstancial a nuestra identidad, pero que también pueden llegar a vivirse como una cárcel que no nos permite reconocer nuestra esencia, libre de cualquier condición.

Tal y como aseguran diversas tradiciones, para cortar con aquellos vínculos que nos mantienen atados a los aspectos más intrascendentes de nosotros mismos, no siempre es necesario un acto externo que materialice dicha decisión, o en todo caso no habría que ver este acto como algo previo y en relación unívoca de causa-efecto con el resultado que se persigue. Lo verdaderamente imprescindible es deshacer dichas ataduras en lo más interno de nosotros mismos, y aunque por supuesto en ocasiones no hay más remedio que efectivizar un gesto de forma bien explícita y hasta sus últimas consecuencias, en otros puede ser más efectivo un trabajo sutil de contemplación y meditación realizado con el bagaje de nuestras imágenes, pacientemente, en aquel recinto central, genésico, donde luces y sombras se conjugan en un paisaje secreto, todavía libre de emociones, incluso de palabras que intenten definirlo. Es en este espacio, nuestro laboratorio interno, donde como por decantación se van diferenciando aquellas imágenes insignificantes –o en todo caso cuyo significado no excede lo meramente psicológico, que se encadenan de forma arbitraria, mostrándonos “retratos” triviales cuando no grotescos–, de aquellas otras imágenes que muchas veces incomprensiblemente nos aquietan al mismo tiempo que nos marcan, ya que al tratarse de imágenes simbólicas, y constituir por tanto ideas-fuerza, llevan implícito un poder de regeneración y transformación.

El tránsito a través de estas imágenes es pues análogo a un viaje en el que vamos recorriendo distintos ámbitos que habitan en nosotros. En el *Poimandrés* leemos:

Ordena a tu alma irse a la India, y he aquí que, más veloz que tu orden, allí estará. Ordénale cruzar enseguida el océano, y he ahí que, de nuevo, allí estará inmediatamente, no por haber viajado de un lugar a otro, sino como si ya se encontrase allí.¹

Y es que nuestro gabinete de trabajo está situado fuera del espacio, y desde él entendemos que la verdadera geografía es sagrada, ya que precisamente desde un “no-lugar” conocemos todos los lugares, pues todos ellos son acercamientos, más o menos afortunados a aquél. La palabra “Utopía” nos define dicha concepción, pues

... deriva del término *u-topos*, o sea de aquello que no tiene lugar, algo que por lo tanto está fuera del tiempo y del espacio para significar con seguridad un asunto imposible de realizar en este universo y relacionado con otro mundo, o sea con una región más allá de estas dimensiones, un ámbito celeste y perfecto donde las cosas fueran en verdad y no signadas por las imperfecciones humanas; una forma de la ciudad celeste, o de la ciudad de Dios.²

Es pues también desde un “no-tiempo” que reconocemos el carácter sagrado de la verdadera historia, y con esta certeza podemos transitar a través del devenir temporal. Por un lado, podemos acceder a un escenario que se pretende futuro, para ello sólo debemos dejarnos llevar por este proceso de cambio incesante, por este descenso acelerado al que estamos abocados. No es difícil entonces vernos en un paisaje apocalíptico, del cual además ya llevamos tiempo advirtiendo sus señales inequívocas. Es éste un panorama crepuscular, de fin de ciclo, cuyo desamparo nos desgarran, pero que por ello mismo nos obliga a caminar “en el filo de la navaja”, sin nada donde aferrarnos, y en consecuencia a encarnar sin dobleces todo aquello que desde nuestra cómoda seguridad ya creímos reconocer, pero que únicamente se efectiviza en la auténtica soledad. Y eso, no hay que olvidarlo, si se nos brinda es gracias a un valor y una fortaleza que exceden lo personal, desde cuyo punto de vista son por tanto siempre inmerecidos.

Por otro lado, si emprendemos el camino “hacia atrás”, lo vamos a hacer no tanto desplazándonos a contracorriente por la horizontal del tiempo, sino penetrando su condición cíclica. A través de uno de los radios, el que une el aquí-ahora con su origen intemporal, accedemos a aquellos ámbitos progresivamente más internos, donde gracias al “olvido” de todo lo que habitualmente nos acapara y absorbe, se actualiza la memoria de la Edad de Oro.

Propondríamos ahora detenernos en una coyuntura histórico-geográfica anterior a la nuestra, y aunque ya totalmente inmersa en el declive del *Kali-Yuga*, todavía no sujeta a su pesadez terminal: el Renacimiento Isabelino.

*
* *

El reinado de Isabel I que comprende del año 1558 al 1603, se corresponde con una época de esplendor para Inglaterra, no sólo a nivel político, económico y militar, como manifiesta su conversión en una potencia europea al punto de rivalizar y superar a

Francia y España, sino también y especialmente en lo cultural y artístico. Y en esta eclosión es determinante el papel de la tradición hermético-cabalista, cuya huella se iba haciendo cada vez más patente, al tiempo que había empezado a menguar en el continente europeo debido a la incomprensión y fanatismo de la Contrarreforma.

Si atendemos a la visión histórica convencional que se fija en hechos puntuales dentro de un transcurrir horizontal ignorando la vertical que los anima, podría parecer que un cúmulo de acontecimientos casi anecdóticos son la causa aparentemente fortuita del devenir histórico. En el período que nos ocupa, asuntos tan determinantes como por ejemplo la ruptura por parte de Enrique VIII con la Iglesia de Roma se explicarían casi exclusivamente por cuestiones de tipo personal, que verían en esta decisión una maniobra del monarca para favorecer sus intereses matrimoniales y sucesorios. O también el hecho de que más tarde Isabel I se decantara de nuevo por el anglicanismo instituido por su padre, en contra del catolicismo que su hermanastra e inmediata predecesora en el trono, María Tudor, profesó de forma fanática, persiguiendo con dureza el protestantismo, podría verse como la alternancia de fuerzas en un pulso cuyo motor no sería otro que el interés personal, de poder. Todo lo cual no deja de ser cierto a un nivel, al que atienden en exclusiva muchos historiadores que creen atravesar la superficie de las cosas, de los acontecimientos, adjudicándoles a lo sumo un origen económico. Se trata del mismo error que consiste en asignar al comportamiento humano un móvil que no excede nunca lo psicológico, entendiendo este plano no como el alma superior, en el Arbol de la Vida el plano de *Beriyah* (mundo de la Creación), sino generalmente como el ámbito de las pasiones, la ambición, y lo sexual como forma de dominio, es decir una visión invertida de *Yetsirah* (plano de las Formaciones), con lo cual dicho nivel, o mundo, no está ya dispuesto a una recepción de lo supraindividual sino bien al contrario constituye una coraza impermeable a lo alto, y en consecuencia se abre únicamente a lo separativo y excluyente, la periferia múltiple de *Assiyah* (plano de la concreción material).

Cualquier civilización y su devenir cíclico conforman un organismo vivo análogo al ser humano, que como tal está compuesto de cuerpo, alma y espíritu; en determinadas coyunturas cuya dinámica escapa a lo racional, se produce una unificación efectiva de estos tres planos, con lo que dicho organismo o estructura viva, encuentra las coordenadas espacio-temporales precisas para cumplir su función reveladora, es decir se convierte en la vía libre de impedimentos, apta para vehicular el mensaje suprasensible de la Tradición.

Es por tanto la Tradición (en este caso la hermético-cabalista) la que incluso en un tramo ya avanzado del *Kali-Yuga*, va encontrando (al mismo tiempo que conforma dichos canales de pasaje a través de los cuales manifestar su legado, e impulsar un nuevo subciclo que aunque ya en pleno declive constituirá una bocanada de aire fresco dentro de un medio enrarecido) un nuevo impulso que generará nuevas posibilidades, las que siguiendo las mismas leyes acabarán también por solidificarse hasta que una nueva exhalación/inhalación –cada vez más débil, eso sí– representará un nuevo

empuje. Y así sucesivamente, como hálitos de vida pero también como estertores de una agonía que se irá prolongando hasta la reabsorción final.

Desde esta perspectiva se comprende que determinados enclaves histórico-geográficos sean cualitativamente distintos a los demás, y que su emergencia no obedezca al azar sino a un delicado equilibrio de factores ligados, en última instancia, a las leyes cíclicas. Factores y leyes, pues, vinculados a una realidad oculta y sintética cuyos mecanismos muchas veces ignoran sus propios protagonistas, los que sin embargo pueden poseer la intuición necesaria para rodearse de personas cuya visión, al no estar mediatizada por la premura que supone la responsabilidad en el terreno de lo económico y social, pueden contemplar estos aspectos (ocultos por ser más profundos) que señalábamos. La misma intuición que en el momento adecuado decanta sus decisiones en pro de lo que aun sin parecerlo, entre el enmarañado tejido de los intereses políticos, y de forma que a menudo escapa a la interpretación racionalista, constituirá la opción más libre, la que acabará favoreciendo la eclosión mediante formas revitalizadas y nuevas de lo misterioso. Así, pues, en aquellos momentos fue decisivo desmarcarse de todo cuanto representaba la rigidez miope e interesada del dogmatismo eclesial, y decantarse por los postulados de la Reforma; en verdad, ni ésta, ni obviamente, su cara opuesta, la Contrarreforma,³ contemplaban el significado esotérico de las cosas, ni por tanto el componente mágico que las anima, pero mientras que esta segunda se mostraba activamente beligerante contra todo aquello que escapaba de su horizonte constreñido y represor, la Reforma, que había nacido como una crítica al poder abusivo del papado y su desviación con respecto al espíritu evangélico, se mostraba más tolerante y de entrada abierta a nuevas perspectivas.

En este contexto es a veces también de interés detenerse e intentar leer a través de algunos retratos que esta historia horizontal nos brinda de ciertos personajes, cuyo destino ha estado unido al de un pueblo. En concreto la reina Isabel I, con cuyo nombre se ha llegado a designar la época que nos ocupa, el Renacimiento Isabelino, nos es presentada unánimemente como una mujer sagaz y astuta, con un absoluto dominio de sus emociones y una gran frialdad. Se dice que ya en su infancia – pensemos en una niña que vio entre otras cosas cómo su padre repudiaba y mandaba decapitar a su madre Ana Bolena– mostraba un autocontrol y una serenidad adulta. Ya de mayor supo manejarse con destreza entre las intrigas que no dejaron de rodearle, y en especial supo “negociar”⁴ las ofertas de un posible enlace matrimonial con distintos monarcas europeos, recomponiendo según sus intereses el delicado equilibrio de las alianzas entre países; una habilidad que le ayudó a mantener su soltería, y por tanto su independencia, frente a las presiones que querían asegurar la línea sucesoria. Todo ello contribuye a forjar esta imagen distante y férrea⁵ que contrasta, o mejor dicho, se complementa con la que nos llega por otra parte y que a nivel popular la asocia a diversas divinidades: desde Diana, la casta diosa de la Luna hasta Astraea, diosa de la justicia, pasando por Gloriana, reina de las hadas, Cintia, Virginia, así como la diosa madre, matriz de la monarquía imperial. Conjugando estas visiones se

llega a concebir un personaje paradójico,⁶ casi mítico, del que más que su perfil psicológico nos interesa su compromiso con unas ideas que, independientemente de la conciencia que llegó a tener de su alcance, supo auspiciar impulsándolas, al tiempo que se rodeaba de una serie de personajes cuya mirada, como veremos, ultrapasó el terreno de la convención.

Se trata de unas ideas que lejos de generarse espontáneamente en aquellos momentos, se venían gestando tiempo atrás. Si retrocedemos tan sólo unos años, y nos fijamos en la estrecha relación que en un principio existió entre Enrique VIII y Tomás Moro, es fácil intuir que el monarca fue sensible a las inquietudes del político y humanista al que después de encomendar delicadas misiones diplomáticas nombró Canciller, y por el que sentía un gran respeto. Tomás Moro pertenecía al círculo neoplatónico de Oxford junto con hombres como Juan Colet, Guillermo Grocyn y Tomás Linacre,⁷ conocía las traducciones de Marsilio Ficino, tanto de Platón como del *Corpus Hermeticum*, y él mismo se encargó de traducir una versión de la vida de Pico de la Mirándola escrita por el sobrino de éste. Estaba pues seriamente interesado en la corriente hermético-cabalista, tal como queda plasmado en alguna de sus obras entre las que sobresale su *Utopía*,⁸ donde aquellas ideas vienen a configurar la ciudad interior o angélica, en una concepción que lejos de contradecirse con las decisiones de tipo político en las que estaba involucrado, de alguna forma avala la actitud firme y serena con que las tomó. Una entereza que quedó dramáticamente evidenciada siendo encarcelado y posteriormente ejecutado al no ceder a las presiones de Enrique VIII, quien pretendía finalmente valerse del prestigio de Tomás Moro, haciéndole por una parte reconocer el *Acta de Supremacía* en la que se proclamaba cabeza de la iglesia anglicana, y por otra que le apoyara en sus pretensiones de divorciarse de Catalina de Aragón y contraer matrimonio con Ana Bolena.⁹

Con la ejecución pues de Tomás Moro quedó truncado, o al menos pospuesto, el resurgimiento de una sabiduría que como hemos visto debió esperar momentos más propicios para florecer, los que llegaron con el reinado de Isabel I.

*

* *

Siguiendo el hilo que nos van marcando los distintos jalones del acaecer histórico, nos damos cuenta de que su expresión constituye el plano sensible, simbólico, de algo que misteriosamente los anima, y su manifestación es análoga a la vida de un hombre cuyos avatares y dilemas pueden contemplarse como la imagen perceptible de algo más sutil y por tanto más real. Siempre que necesitamos poner palabras o tan sólo organizarnos ante una nueva concepción, el modelo universal del Arbol de la Vida acude en nuestra ayuda. En este caso, el gradual opacamiento de unas energías hasta su presencia sensible y a la vez reveladora viene dado por su descenso a través de los cuatro planos horizontales del Arbol, que constituyen los peldaños de la escalera dispuestos para ser remontados hacia su origen mediante la intuición intelectual. Si por otra parte nos

fijamos en los Pilares de dicho Arbol *sefirótico*, nuevas correspondencias se abren a nuestra investigación, y aquellas vicisitudes que por una parte son las de un país en un momento determinado –y que en esencia son análogas a las nuestras y por este motivo las comprendemos tan bien–, aparecen como las energías que se debaten entre dos polos oponiéndose y a la par complementándose. Si atendemos a un nivel de lectura, vemos cómo el carácter expansivo del Pilar de la Gracia –masculino, activo y luminoso–, es lo que propicia en el ejemplo que estamos estudiando, aquel auge cultural y artístico, que se viene a plasmar gracias a la fuerza coagulante del Pilar del Rigor, el cual pone límite o forma al caudal imaginativo de una serie de autores, en obras de una gran belleza e inteligencia, con las que siempre se hace explícito el mensaje de la Tradición. Pero a otro nivel y sin movernos del período que estamos estudiando, se nos presenta con toda su brutalidad la imagen invertida de la Columna del Rigor. Las energías que representa la Contrarreforma no son las de un rigor que viene a delimitar y a encauzar el acto creativo, sino las de una rigidez que lo constriñe e intenta acabar con él. Se trata pues de una energía paralizante que infunde la desconfianza –hacia los demás y hacia uno mismo–, y de una oscuridad en la que se esconden el fanatismo y el miedo. Pero al igual que en la vida de uno, los ciclos y subciclos se encadenan, y como en una respiración se alternan la exteriorización y el ocultamiento. Es cuando todo se da por perdido y nuevamente se hace un cargo de su propia contingencia que la posibilidad renace de forma inesperada. En realidad en este “caer para volver a levantarse” es en lo que consiste el camino del iniciado, aquel que ha recibido un mensaje, lo ha reconocido y ha puesto su vida al servicio de su efectivización. Para ello tiene el mundo en contra, y además deberá atravesar períodos de completa oscuridad en los que verá cómo aspectos de su individualidad que hasta aquel momento parecía que le habían ayudado en su labor, son ahora aliados del enemigo. Pero de seguir fiel a su compromiso, fiel a un misterio que no tiene contrapartida, se convertirá aun sin saberlo en un eslabón de la cadena que de forma ininterrumpida une el Principio con el fin de los tiempos.

Del mismo modo, y volviendo al período que nos ocupa, podemos seguir desplazándonos a través de esta respiración, de este *solve et coagula* en que se manifiesta la historia. Hemos visto cómo la tradición, que a mediados del siglo XV se había iniciado en Italia, florece un siglo más tarde con nuevo ímpetu en Inglaterra. Del mismo modo, después del aparente fracaso de unas expectativas que verían en el reinado de Isabel I el principio de una época de grandes cambios, no sólo para Inglaterra sino para toda la sociedad europea,¹⁰ se estaba fraguando, en medio de las fuerzas oscuras que negaban todo aquello que no se sometía a sus estrechas miras, el movimiento Rosacruz, que durante el siglo XVII dio un paso más en la transmisión del legado hermético. Para todo ello jugó un papel fundamental un personaje que sería clave a la hora de entender este período: John Dee (1527-1608).

Fue éste un hombre de conocimiento que al igual que Reuchlin, Agrippa y muchos otros ejemplificó con su vida el proceso prototípico, en el que tras una labor de

recepción, encarnación y difusión de un mensaje, dedicando a dicho cometido todas sus posibilidades, todo su ser,¹¹ vio como aquel acababa aparentemente truncado no sólo por la incomprensión sino también por la malevolencia del entorno.

Durante años fue uno de estos personajes, tal vez el más decisivo, de quienes la reina se supo rodear atendiendo sus impresiones y consejos.¹²

Dee no sólo fue un entusiasta de la floreciente idea de un Imperio Británico, sino que había sido incluso uno de los principales promotores de dicha idea. Nacido en 1527, hijo de un alto dignatario de la corte de Enrique VIII, su vida estuvo siempre ligada a los Tudor. El propio Dee pretendió descender de una rama de esa misma familia. Y, cuando a la muerte de Eduardo VI (que lo había tomado a su servicio) fue encarcelado por María Tudor, bajo la acusación de nigromancia, sólo Isabel I, al llegar al poder, pudo liberarlo cuatro años más tarde... No hay que olvidar que las ideas imperiales de expansionismo británico, que con tanto ahínco defendió, estaban personificadas para él por la reina Isabel I, y que veía en este expansionismo no sólo un programa político, sino una especie de síntesis político-religiosa que llevaba adosada una profunda reforma de estilo erasmiano y una encontrada oposición al poder religioso y político del papado.¹³

Se trata pues de un expansionismo ligado a ideas míticas,¹⁴ y cuyo horizonte no está anclado en lo cuantitativo sino que aspira a una regeneración en el ámbito de las ideas ya que

... desde hacía años Dee se movía en la corriente de la tradición hermética, propugnando la síntesis entre los métodos de la Cábala hebrea y de la Magia tradicional, envueltos en la simbología alquímica y apoyados por los sistemas matemáticos. Lo que Dee perseguía con esta integración era alcanzar una especie de ascesis que permitiera al laborante moverse en la escala del ser y de la naturaleza.

Una escala pues a través de la cual ascender por los distintos grados del ser, planos de uno mismo, pero también la escala donde mediante su obra se concatena un conocimiento que desciende desde lo metafísico, pasando por lo “teórico” o “filosófico”, se plasma también en el terreno de lo político, hasta llegar a las aplicaciones de lo que hoy se entiende por “mecánico-práctico”. Se trata en definitiva de una sabiduría sin compartimentar, propia de un hombre del Renacimiento todavía consciente del conocimiento como una unidad, cuya luz se proyecta sobre la realidad toda, a diferencia de hoy en día en que cada parcela del saber se pretende autosuficiente y proyecta además falsas dicotomías, no sólo entre disciplinas distintas, sino entre los diversos grados de un mismo saber, despojándolo por tanto de su riqueza e interconexiones y lo que es peor, de sus principios.

John Dee, el mago Hermético y místico, ahora está claro, fue además uno de los científicos prácticos y teóricos más importantes de la Inglaterra del siglo XVI. Fue un hombre de acción así como un hombre de contemplación. Bajo su influencia, las ciencias matemáticas se difundieron entre los físicos Isabelinos, y las publicaciones y enseñanzas de Dee promovieron algunos de los desarrollos científicos más avanzados del Renacimiento inglés. Las teorías de Dee sobre matemáticas, arquitectura, navegación y tecnología –todas ellas parte de una filosofía más amplia orientada hacia la magia– consiguieron resultados: ayudaron a preparar el terreno para los trascendentales adelantos científicos del siglo XVII.¹⁵

Y a un nivel esta misma unidad se hace bien patente en su biblioteca:

No hay mejor marco para un estudio de la filosofía de Dee que un examen de su biblioteca. Esto es absolutamente básico para cualquier intento de entender su vida intelectual y cultural; y dado que la biblioteca estuvo a disposición de muchos personajes importantes del siglo XVI, tal vez tenga algo que decirnos acerca del espíritu del período isabelino en su conjunto. Examinando la biblioteca, vemos que Dee fue un hombre de intereses universales: la variedad de libros en sus estanterías era extraordinaria. Esta clase de estudio también ilumina algunas fuentes relativamente oscuras que contienen formas de pensamiento integrantes de la filosofía de Dee.

Entre sus miles de volúmenes se podían encontrar desde las obras de aquellos que podemos considerar sus predecesores hasta otras de carácter más particularmente científico. Peter J. French en el capítulo que dedica a la biblioteca de Dee destaca entre otros ejemplares: los de Platón, Aristóteles y otros filósofos clásicos como Lucrecio, Diógenes Laercio, Isócrates y Plinio, importantes neoplatónicos como Proclo, Plotino y Sinesio, gran cantidad de manuscritos y libros de Ramon Llull, pensadores medievales como Boecio, Casiodoro, Duns Scoto, Alberto Magno y el de Aquino, Roger Bacon, trabajos de prácticamente todos los filósofos del Renacimiento Italiano, Marcilio Ficino, Pico de la Mirándola, obras de Paracelso, Trithemius, Cornelio Agrippa, Reuchlin, numerosas Biblias, una copia del Corán, libros de Justino Mártir, Clemente, Agustín, Cipriano, Lactancio y Eusebio, escasa representación de escritores protestantes (algún ejemplar de Lutero y Calvino), varias copias del *Asclepio* y el *Poimandrés*, Vitruvio, Francesco Giorgi, así como una completa colección de poesía antigua y tragedia clásica.

En su biblioteca, al igual que en su obra y en su mente, todavía no aparecían como irreconciliables dos mundos que en esencia constituyen uno solo: el de los números y el de los ángeles. Es la mentalidad moderna heredera de aquellas fuerzas oscuras que antes mencionábamos que odiaban y temían todo lo que no podían comprender, la que por un lado ha negado el componente mágico de la existencia, al no poder sobrepasar una lectura psicológica de la realidad, y por otro ha encasillado al número

en su visión práctica y cuantitativa.

Como su biblioteca revela, Dee era católico en el sentido más fundamental de la palabra, queriendo considerar las dos caras de un argumento y sintetizar cuando era posible pero sin descartar ningún punto de vista de antemano. Quiso alcanzar todo el conocimiento que pudiera ser útil al hombre. En el área vital de la religión, así como en otras áreas, el catálogo de Dee es una prueba de ello. Los trabajos de Platón están equilibrados con los de Aristóteles; las obras de Paracelso se contrarrestan con las de Erasto (un anti-Paracelsiano); los oponentes a la astrología están representados junto con sus defensores; y el número de trabajos esotéricos, mágicos y místicos es aproximadamente igual al de los prácticos y científicos. La colección subraya la aparente dicotomía de los intereses de John Dee.

Dee dedicó muchos años a recopilar esta gran cantidad de libros y manuscritos en su mansión de Morlake, creando la biblioteca más completa de la Inglaterra isabelina y tal vez también del continente, llegando a constituir un importante polo de difusión que nos recuerda la academia platónica de Florencia. Allí se reunieron durante años estudiosos interesados por la sabiduría que atesoraba, al mismo tiempo que para escuchar las enseñanzas que Dee generosamente impartía. Todos ellos en busca de un único saber expresado en sus diversas acepciones, especialmente las matemáticas y la geometría, pero también la navegación, la cartografía, las antigüedades, etc; entre estos intelectuales cabe destacar Edward Deyer, Walter Raleigh, el conde de Leicester y el sobrino de éste Philip Sidney.¹⁶

Otro factor que suele caracterizar a aquel que alberga en su interior una certeza difícil de compartir con la mayoría de los que le rodean, es la necesidad de ampliar sus horizontes y encontrar aquellas almas afines con quienes contrastar e intercambiar fuentes y hallazgos, “hermanos” que a través del lenguaje matemático, de la Cábala, la Alquimia o la Astrología conocen un mismo idioma, el simbólico, y saben que en su caminar se aúna el dar y el recibir; es por ello que a menudo el espíritu del buscador va unido al del viajero.

Dee viajó en varias ocasiones por el continente europeo, especialmente a Praga, donde mantuvo contactos con el emperador Rodolfo II, además de otros varios personajes interesados por la Cábala y las ciencias herméticas. Frances A. Yates que tan exhaustivamente y con lucidez ha estudiado este período histórico afirma:

(Dee) había sembrado potentes semillas que crecerían y darían una extraña cosecha, pues ha sido demostrado que los llamados “manifiestos rosacruces” publicados en Alemania a principios del siglo XVII tienen una fuerte influencia de la filosofía de Dee, y que en uno de ellos figura una versión de la Monas Hieroglyphica. Los manifiestos rosacruces exhortan a llevar a cabo una reforma universal en todo el mundo por medio de la magia y de la

Cábala. La apertura de la mágica tumba del mítico “Cristián Rosa Cruz” (Christian Rosencreutz) es la señal del principio de la reforma general. Este personaje, en uno de sus aspectos, es quizás un recuerdo teutonizado de John Dee y de su Cábala cristiana, lo cual confirmaría la hipótesis de que “Cábala cristiana” y “pensamiento rosacruz” pudieran ser sinónimos.¹⁷

Ya definitivamente de vuelta a Inglaterra en el año 1589 y hasta su muerte el 1608, John Dee se encontrará una situación bien distinta a la que dejó. Durante este tiempo y debido a distintas circunstancias políticas, el círculo de amigos y colaboradores de Dee se va diluyendo, a la par que va perdiendo el favor de la reina. Gradualmente su mensaje y su misma persona son cada vez más rechazados, y se le llega a considerar un simple hechicero,¹⁸ hasta tal punto que un grupo de personas quema su biblioteca destruyendo gran cantidad de libros y manuscritos. Frente a esta situación hostil se ve obligado a defender su posición, argumentando que sus labores nada tienen que ver con la búsqueda de ningún tipo de poder personal y oscuro, sino que su única meta es la Verdad. Citamos un fragmento de una carta redactada por el propio Dee y dirigida al arzobispo de Canterbury en la que se defiende de las calumnias que le acusan de ser un brujo que practica la magia negra. En dicha carta asegura que, desde su juventud,

el Todopoderoso ha tenido a bien insinuar en mi corazón un celo y un deseo insaciables de conocer su verdad. Y en él y por él buscar incesantemente y escuchar igualmente por el verdadero método y armonía filosóficos, procediendo y ascendiendo... *gradatim* de las cosas visibles a considerar las cosas invisibles, de las cosas corpóreas a concebir las cosas espirituales, de las cosas transitorias y momentáneas a meditar sobre las cosas permanentes; por las cosas mortales... a alcanzar alguna percepción de la inmortalidad. Y para concluir, muy brevemente, mediante el marco maravilloso de todo el mundo, considerado filosóficamente y circunspectamente clasificado, numerado y medido, siempre y con la mayor fidelidad amar, honrar y glorificar a su Hacedor y Creador.

Nos encontramos de nuevo ante un escenario prototípico, y por tanto ejemplificado múltiples veces a lo largo de la historia, en que un hombre de conocimiento se ve en la necesidad de exponer ante el mundo, en cierto modo traduciendo a un lenguaje que el mundo pueda comprender, algo que para él resulta tan obvio como que todo lo que le rodea, las personas y las cosas, no tienen por ellas mismas su última razón de ser, sino que constituyen la manifestación aparente de algo que las anima y las trasciende. Es por tanto a través de su condición de símbolos que se puede ascender, utilizándolas como soportes, hacia su último significado, su origen. Es cuestión de delimitar claramente esta función desinteresada y liberadora, separándola de cualquier utilización menor o proyección particular. En el fondo, en estas circunstancias lo de menos es lo que el mundo vaya a entender —a fin de cuentas nada— sino la posibilidad de que uno mismo en su proceso de realización alquímica, se libere de las posibles adherencias o escorias (*qliphot*) de la ignorancia, que tal vez teñidas de muy buenas

intenciones, están dificultando cuando no impidiendo, el propio proceso de identificación con aquello que no sabe de diferencias ni de dualidades.

John Dee murió en la miseria sin ser exonerado de las sospechas que enturbiaron los últimos años de su vida, y durante mucho tiempo fue considerado un hechicero maligno, o cuando menos un personaje ridículo. Ahora bien, el legado de su obra y de su vida ha seguido fructificando, aún hoy en día, en el corazón de aquellos que se han acercado a él, y lo han sabido hacer sin los prejuicios racionalistas y moralistas que nos confunden, a veces de forma tan sutil que no llegamos ni a percibir.

De entre todas sus obras queremos destacar especialmente dos de ellas: el *Prólogo* a la traducción de los escritos de Euclides al inglés hecha por Henry Billingsley, y la *Monas Hieroglífica*.

La primera fue publicada el año 1570 y viene a constituir el meollo del pensamiento de Dee. Precede su texto una explícita dedicatoria.

A los verdaderos amantes de la verdad, y estudiosos constantes de las nobles ciencias, John Dee de Londres, les desea de corazón gracia de los cielos, y el más próspero éxito en todas sus honestas empresas y ejercicios.¹⁹

Y seguidamente comienza dejando muy clara su filiación neoplatónica,

Divino Platón, el gran maestro de muchos dignos filósofos, y el testigo constante y que convence con sentencias acerca de lo Uno (*Unum*), lo Bueno (*Bonum*) y el Ser (*Ens*).

Desde una perspectiva pues en la que se sintetizan el neoplatonismo renacentista y la Cábala, Dee habla del número como de la clave del universo. En última instancia todo nos remite al número, y concretamente cita una de las conclusiones pitagóricas de Pico de la Mirándola:

Mediante los números se tiene un camino para la búsqueda y la comprensión de todas las cosas que pueden ser conocidas.

En su discurso se apoya sobre la ciencia de las proporciones, patente en especial tanto en la arquitectura como en la música, cuya armonía obedece a la estructura de sus módulos numéricos.

Todo el *Prólogo* constituye un canto a la fusión entre los distintos estadios del conocimiento; para Dee tanto los físicos como los “matemáticos prácticos”,

y también los perfectos estudiosos pitagóricos y platónicos, y los constantes filósofos, con más facilidad y velocidad, pueden (como la abeja) reunir por este medio (las matemáticas), tanto la cera como la miel.

Es decir el arte de las matemáticas reúne desde las múltiples posibilidades en que se expresa lo práctico (la utilidad simbolizada por la cera), hasta las verdades de orden metafísico (la miel, símbolo de la sabiduría). Y lo hace no mediante la adición de ámbitos ajenos, sino a través de la vertical que une en un movimiento ascendente y descendente a la vez, los indefinidos planos, los cuales al igual que en la cosmovisión de Cornelio Agrippa en su *De occulta philosophia*, se agrupan en tres mundos o esferas: natural, celeste y supraceleste.

La inteligencia matemática puede operar especulativamente en su propio arte; y por medios buenos, elevarse por encima de las nubes y las estrellas; y en tercer lugar, por orden, puede descender a fin de disponer las cosas naturales para usos maravillosos; y cuando enumera se retira a su morada, en su propio centro; y allí prepara más medios para ascender o descender con ellos; y todo ello a la gloria de Dios y para nuestra honesta delectación en la tierra.

Su obra más conocida es la *Monas Hieroglyphica*, el símbolo representativo de la Mónada o suprema Unidad. La portada de su edición del año 1564, de acuerdo a la importancia que la tradición hermético-cabalística otorga a las imágenes y a su expresión libre y sintética, contiene un rico simbolismo, y como si se tratara de un pórtico de entrada nos invita a introducirnos en un templo.

Preside el frontispicio una frase que, de forma análoga a la que nos advierte antes de penetrar otros ámbitos de sabiduría, dice: “Quien no comprenda, que calle o aprenda”. Se trata de una clara alusión a la necesidad del silencio imprescindible para la labor del cabalista; sin aquietar los ruidos de su espacio interior –aunque sea entre estallidos– no podrá percibir los mensajes que constantemente nos llegan de lo alto, ni advertirá aquello que en uno le impulsa al aprendizaje, al ascenso. Es a lo que precisamente se refiere la cita evangélica (Génesis 27, 28) que consta al pie de la puerta, “Dios te dé el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra”. Se trata de la bendición que Isaac otorga a Jacob mientras éste suplanta al primogénito, Esaú.²⁰ En verdad dicha bendición constituye el pilar del medio del Arbol Cabalístico, la columna del equilibrio, cuya verticalidad y doble sentido de sus efluvios vienen expresados por el descenso de las energías desde el Principio hasta su concreción material (rocío del cielo), y el ascenso en su proceso de retorno hacia el origen (fertilidad de la tierra).²¹ Quien se inicia en los misterios del conocimiento une el Cielo y la Tierra, y al mismo tiempo y según los brazos horizontales de la cruz, realiza la complementariedad de los opuestos: a ambos lados y sosteniendo la cúpula estrellada, los Pilares de la Gracia y el Rigor. En ellos aparecen representados el Sol y la Luna y al igual que sus respectivos arcanos del Tarot, destilan su influencia en forma de gotas, las que en este caso son recogidas por dos recipientes adosados en los mismos pilares. Igualmente esculpidas en las columnas las palabras *Ignis* (Fuego), *Aer* (Aire) y unos grabados representando la Tierra y el Agua.

En el centro del pórtico el símbolo de la Mónada Jeroglífica aparece dentro de una figura oval. El huevo, crisol alquímico, simboliza el germen a partir del cual se desarrolla la manifestación, y como veremos para John Dee en la Mónada está contenida en esencia la totalidad, todavía replegada la manifestación del cosmos. Y alrededor de dicha figura varios símbolos se ofrecen a la meditación de quien se adentra en el libro-templo percatándole de su carácter hermético-alquímico. Dos figuras de Hermes niño sosteniendo un caduceo, las representaciones de cuatro signos zodiacales a través del cangrejo (Cáncer), el león (Leo), el carnero (Aries) y el toro (Tauro).

Atravesado el umbral y precediendo a los 24 teoremas que conforman el texto de *La Mónada Jeroglífica*, una dedicatoria dirigida a Maximiliano II²² rey de Bohemia y Hungría y emperador de Alemania. En ella Dee ofrece al rey su concepción de la Unidad Suprema como un regalo singular y sin precedentes.

No creo actuar de un modo arrogante si lo coloco en el primer e ínfimo rango de la filosofía. Sin embargo a veces parece desear elevarse más alto, y a causa de este grado de excelencia me atrevo a prometer a vuestra Celsitud que puede esperar de este regalo mío frutos abundantes; así como también a causa de la singularidad de la que está dotado, ya que está compuesto, hasta la última frase, en ese modo de escribir según el cual no he sabido, ni de oídas ni por conocimiento de los monumentos antiguos, de ninguna obra absoluta que, hasta el día de hoy, lo haya sido.

Aunque la he llamado jeroglífica, quien la examine profundamente reconocerá que contiene una luz y una fuerza casi matemáticas, tal y como raras veces ha sido hecho en tan notorias maneras.²³

Dee sabe que no se trata de un texto de fácil lectura que pueda ser de interés para una mayoría, sino que bien al contrario es entre la uniformidad horizontal de lo múltiple que cabe encontrar aquel punto único, diferenciador, que conectando con la vertical da sentido a todo un plano, al mismo tiempo que posibilita el acceso a otros.

Indagando con todo el esfuerzo de mi mente llegué a la conclusión de que el curso de la vida humana puede considerarse dividido en dos direcciones (en una de las cuales ingresan casi todos). Cuando los períodos de la infancia y la puericia han pasado, la opción sobre el tipo de vida en la que entrarán, comienza a atormentar el alma de los adolescentes. Dudan, entonces, un poco ante la encrucijada que se presenta a su juicio incierto, y por fin se deciden: ya sea (enamorados de la verdad y la virtud) por la Filosofía, a la que se aplicarán con toda su energía durante el resto de sus vidas, ya sea (seducidos por los encantos mundanos o inflamados por la ambición de riquezas) a llevar una vida de placer o lucro esforzándose en ello ávidamente por todos los medios... ¿Dónde está en todo el orbe terrestre (en estos

tiempos nuestros deplorables) ese magnánimo y único héroe? Y que, según la progresión de nuestra proporción milésima (adoptada no sin motivo), es entre miríadas de honestos filósofos, y entre cien mil miríadas de hombres vulgares entre quienes debemos esperar este único y felicísimo espécimen.

Y es a este hombre excepcional que Dee brinda su trabajo, a aquél que apartándose de los senderos trillados de lo común y obvio, necesita abrir puertas y descubrir, a veces también asumiendo su propia incompreensión y sorteando las dificultades de un lenguaje que no alcanza a descifrar, estructuras de pronto reveladoras. Unas estructuras que a través de los números, las letras y los símbolos astrológicos y alquímicos nos están dando la clave para trascenderlas. Y el común denominador de todo ello, el arte cabalístico que Dee al igual que Pico de la Mirándola o Reuchlin desvincula de un saber exclusivamente hebreo.

Las primeras letras de los hebreos, de los griegos y de los latinos provienen sólo de Dios y fueron transmitidas a los mortales.

Y más adelante señala:

Abordo ahora al Cabalista hebreo, que cuando vea que sus (así llamados) Gematria, Notaricon y Tzyrugh (que son como las tres llaves principales de su arte) han sido practicados fuera de los confines de la lengua proclamada Santa, y que, además, los signos y caracteres de esta mística tradición (recibida de Dios) han sido reunidos (a través de cosas manifiestas, visibles e invisibles), entonces (impulsado por la verdad, si lo comprende) llamará también Santo a este arte y reconocerá que el mismo Dios benevolentísimo lo es, sin distinciones, no sólo de los Judíos, sino de todos los pueblos, naciones y lenguas, y que ningún mortal puede excusarse de la ignorancia de nuestra lengua santa...

Y ya como encabezamiento a los teoremas un título muy explícito: *La Mónada Jeroglífica* de John Dee, Londinense, explicada Matemáticamente, Mágicamente, Cabalísticamente y Anagógicamente.²⁴

En los dos primeros teoremas, como en una génesis, nace su cosmograma.

La primera y más simple producción y representación de las cosas, tanto no existentes como latentes en los pliegues de la naturaleza, se produjo por medio de la línea recta y el círculo (dibujo de punto, recta y círculo).

Sin embargo, ni el círculo puede ser producido artificialmente sin la línea recta, ni la línea recta sin el punto. Por tanto, las cosas comenzaron a existir por medio del punto y del sistema de la Mónada. Y las cosas relacionadas con la periferia (por muy grandes que sean) no pueden carecer de la ayuda

del punto central.

De ahí en adelante va introduciendo los signos que componen la *Mónada*: la cruz de los cuatro elementos, el Sol y la Luna, y el signo de Aries. Todo lo cual configura el símbolo de Mercurio, y con él de todos los planetas, con los cuales Dee propone efectuar combinaciones análogas a las que se hacen en la Cábala con las letras hebreas.

En cuanto a la cruz, Dee ve en ella no sólo la representación del cuaternario sino también la del ternario, el septenario y el octonario (Teorema VI).

El ternario por dos líneas rectas y un punto común casi copulativo. El cuaternario por cuatro líneas rectas que incluyen cuatro ángulos rectos, cada una repetida (además) dos veces. (Se ofrece también así el secretísimo octonario, el cual dudo si supieron ver alguna vez nuestros predecesores los Magos, y que debéis observar con suma atención). El ternario mágico de los Sabios y los primeros Padres constaba de Cuerpo, Espíritu y Alma. Por tanto vemos manifestado aquí un notable septenario, compuesto por dos líneas rectas y un punto común, y cuatro líneas rectas separadas por un punto.

Y más adelante también el denario (Teorema VIII):

Por otra parte, la expansión cabalística del cuaternario, conforme al estilo habitual de numeración (cuando decimos: uno, dos, tres y cuatro) produce, al sumar, el denario, tal y como Pitágoras solía decir, pues 1, 2, 3 y 4 suman diez.

Del Sol y la Luna, en clara alusión a la *Tabla de Esmeralda* de Hermes Trismegisto, nos dice (Teorema XIV):

Ha sido, pues, claramente confirmado que todo este Magisterio depende del Sol y de la Luna. De lo cual nos advirtió hace ya mucho tiempo el tres veces grande Hermes, cuando afirmó que el Sol es su Padre y la Luna su Madre.

En cuanto al signo de Aries (Teorema X):

Hemos, por tanto, añadido el signo astronómico de Aries para significar que (en la práctica de esta *Mónada*) es necesario el ministerio del fuego.

Nos encontramos pues ante el símbolo completo (del que más adelante Dee da las instrucciones precisas para su construcción proporcionada), y su contemplación y la de los elementos que la componen nos remite a su esencia y origen: la Unidad, patente en el macro y el microcosmos. Y es esta conciencia, objetivo de la transmutación que Dee propone, la que promueve la meditación en el *hieroglifo*, cuya enseñanza sólo difiere formalmente de la del Arbol de la Vida. El fuego alquímico que Aries simboliza bajo

el *athanor*, promueve dicha transmutación, alentando la pasión por el conocimiento y quemando las escorias de la ignorancia; la cruz de lo manifestado análoga a los cuatro elementos presentes en los cuatro Planos o Mundos del Arbol Sefirótico; y la complementación del Sol y la Luna, idéntica a la del Pilar de la Gracia y la del Rigor.

En *La Mónada Jeroglífica* se alternan fragmentos en los que podemos seguir una secuencia más o menos lógica con otros cuya redacción nos sumerge en un estado próximo a veces a la perplejidad;²⁵ es ésta una habilidad con la que Dee no sólo consigue ahuyentar rápidamente a quien se acerca al texto con mentalidad únicamente racionalista, sino también provocar una disposición más adecuada, desconcertándolo de entrada, en quien presenta un verdadero interés de comprensión pero precisa cortar su corriente mental, aquietar su espacio interno. En el camino hacia el conocimiento aparece de tanto en tanto aquel personaje que “ya lo sabe todo”, es decir aquella parte de uno que en lugar de identificarse con lo que misteriosamente ampliaría su percepción, intenta consumirlo, con lo cual le ata a su pretensión de poseer en lugar de liberarlo. Hay que identificar dicho personaje para poder neutralizarlo; en realidad se trata del mismo que ya en aquellos tiempos y dentro del disfraz autocomplaciente de la falsa humildad, se permitió tachar a John Dee de pretencioso y arrogante. Desde su mediocridad no puede tolerar en otro lo que es incapaz de concederse a sí mismo, la posibilidad de alcanzar aquello que de hecho ya alberga en su corazón: lo más alto e incorruptible. Y alcanzándolo compartirlo, dada su naturaleza supraindividual.

Y sin movernos de su propia época, el mensaje de Dee también lo vemos reflejado en la obra de artistas, escritores y poetas. De entre ellos cabe destacar a Edmund Spenser (1552-1599), quien estuvo en contacto con Philip Sydney y con todos los principales poetas del círculo de Dee.

Spenser no heredó únicamente el neoplatonismo elaborado por Ficino y Pico, sino también el impulso reformista de cabalistas cristianos posteriores como Reuchlin, Giorgi y Agrippa. Spenser recibió un neoplatonismo cabalístico intensificado o neopitagorismo cabalístico que ponía mucho énfasis en los números y cuyo representante más calificado era John Dee. Spenser heredó, pues, la idea de una “filosofía más potente” que generaría un movimiento reformista mundial encabezado, como pretendía Dee, por la reina Isabel I.²⁶

En su obra principal, el poema inacabado *La Reina de las Hadas*, nos brinda un canto encendido, renacentista y mágico al amor y a la belleza platónicos, tomando como base y estructura la numerología y la arquitectura, muy en especial tal como se plantea en la obra de Francesco Zorzi, *De harmonia mundi*.

Se trata de una apología en torno a la ascendencia imperial británica de los Tudor – que liga estrechamente con la leyenda del Rey Arturo –, y concretamente a su reina Isabel I, representada por Gloriana, la reina de las hadas, en cuyo honor doce

caballeros, que representan las virtudes caballerescas, corren una serie de aventuras. La obra fue concebida en doce libros compuestos por doce cantos cada uno, de los que Spenser llegó a completar seis libros y dos cantos, en los que los respectivos caballeros representan las cualidades de santidad, templanza, castidad, amistad, justicia y cortesía. Un recorrido hermético por las esferas del universo a través de los signos zodiacales y de los planetas, en el que como en *La Divina Comedia* se nos habla de vicios y virtudes, no desde un punto de vista dual y excluyente, sino presentándonos todas las energías dispuestas para ser utilizadas a nuestro favor. Así, cada influencia, en estrecha correspondencia con un planeta y un metal, se expresa tanto de forma ascendente como descendente, y cada cual desde la libertad y el secreto de su *athanor* alquímico tiene la posibilidad de conocer sus distintos estados, desde los más densos a los más sutiles, y operar con ellos en beneficio de su último objetivo: la transmutación. Esta visión completamente alejada de lo religioso, nos recuerda la doctrina hindú de los tres *gunas*,²⁷ y cómo en una época de oscuridad como la actual, es a menudo gracias a la fuerza gravitacional de *tamas*, omnipresente en lo que nos rodea y en nosotros mismos, y cuya densidad nos atrae hacia una multiplicidad insignificante, que podemos intuir la levedad de su energía contrapuesta, *sattwa*, que nos abre a lo ilimitado. La tradición occidental pues también nos ofrece esta perspectiva que nos invita a agotar nuestros estados más densos sin identificarnos con ellos, y de este modo confirmar su carácter ilusorio frente a la auténtica realidad de la que de alguna manera también forman parte aún pretendiendo negarla. En este sentido William Blake ya en el siglo XVIII dirá que “por el camino del exceso también se llega al palacio de la sabiduría”.²⁸

Dos autores muy ligados a la figura de William Shakespeare, quien como veremos constituye el corazón de la poesía y la dramaturgia en la época isabelina, son Christopher Marlowe (1564-1593) y Ben Jonson (1572-1637), aunque ambos parecen más bien oponerse a los postulados de la Cábala y la Alquimia. El primero de ellos en su obra *El Doctor Fausto* nos presenta una imagen invertida del verdadero mago, involucrado en tratos con potencias inferiores, y *El Judío de Malta* se considera un alegato antisemita. Por su parte Ben Jonson en *El Alquimista* se burla de forma descarnada de aquellos farsantes que bajo el aura de un vago “misticismo ocultista” sólo pretenden groseras o “sutiles” ganancias personales, aunque también parece poner en el mismo saco a aquellos verdaderos alquimistas cuyas labores y metas son verdaderamente internas.

En cuanto a William Shakespeare (1564-1616) su mensaje nos llega con nitidez, y a diferencia de la mayoría de autores ligados a la tradición hermética cuyo nombre se ha ido desdibujando a través de los años, llegando a ser prácticamente desconocidos en la actualidad Shakespeare, sin embargo, se ha convertido en un nombre popular. Su teatro sigue llenando actualmente los escenarios y también las pantallas del Occidente entero, ya sea con adaptaciones más o menos fieles al original o con versiones completamente alejadas de su esencia, pero que vienen a suplir la falta de inspiración

del mundo moderno. Mucho se ha escrito sobre la posible no autoría por parte del personaje histórico nacido en Stratford on Avon, poniéndose en duda que de su mano pudiera surgir una obra de tal alcance, en la que se evidencian conocimientos no sólo del alma humana con toda su complejidad, sino también de una larga lista de disciplinas, como por ejemplo de estrategia militar, del arte de la negociación diplomática, de derecho penal, fiscal y civil, de medicina, botánica, ornitología, heráldica y un largo etcétera.²⁹ Con lo cual, si lo añadimos al hecho de que ciertos eruditos han pretendido descubrir estilos muy diferentes en distintas de sus piezas teatrales, se apunta que el conjunto de su obra puede ser producto de varios escritores que se ocultan detrás de su nombre, entre los que sobresale el de Francis Bacon.³⁰ Poco importa desde nuestro punto de vista toda esta controversia, que se mueve en el plano horizontal, desde donde sólo se perciben conocimientos acumulativos y parcialidades individuales. Es a través de la síntesis vertical de un Conocimiento único, que podemos ver el legado shakespeariano como una expresión de esta “filosofía oculta” hermético-cabalista que anima el Renacimiento Isabelino. Cada obra de teatro constituye un todo, en donde las relaciones entre los personajes, sus tensiones, desencuentros y nuevos equilibrios las convierten en algo análogo a un *athanor* alquímico, donde los metales en combustión pugnan, se degradan y sutilizan, pero también semejante a una obra arquitectónica o una pieza musical. Comprendemos las pasiones escenificadas porque nos identificamos con ellas, pero al hacerlo mantenemos asimismo una distancia, la cual nos permite también observar nuestras propias emociones como algo que nos sucede, en cierto modo ajeno a nuestra esencia imperturbable; Shakespeare nos brinda la posibilidad de ser la periferia de la rueda y simultáneamente su motor inmóvil. Dichas emociones no están expresando algo muy distinto a aquellas proporciones numéricas que sustentan un edificio o una melodía, alrededor de cuyo centro se ordenan piedras y notas. Aunque para nosotros, hombres y mujeres del final de un ciclo, en que lo psicológico prima sobre otras esferas más altas del Ser, parecemos más necesitados de la catarsis provocada por una dramaturgia diseñada con sabiduría; y nos es difícil darnos cuenta de que éste es un lenguaje análogo al que describe las tensiones existentes entre los ángulos de una figura geométrica, o entre los números dentro de un cuadrado mágico, o la coreografía de formas flameantes que compone el alfabeto hebreo. Sólo desde esta perspectiva cobra verdadero sentido la tan alabada magia shakespeariana, que nada tiene que ver con veleidades fantasiosas, sino con una estructura sabia, real y efectiva fruto de un legado, de un verdadero Arte.

Y es verdad que dicha magia a menudo se sustenta no tanto en los argumentos de las obras, que Shakespeare muchas veces desarrollaba a partir de otras ya existentes o incluso de acontecimientos de su época, sino de la fuerza de su lenguaje; a veces llegamos a olvidar la trivialidad de ciertas historietas, absortos en el flujo verbal que las atraviesa. Es pues mediante la palabra como el poeta se convierte en el mago capaz de generar nuevos mundos. En Shakespeare la fuerza de la palabra es capaz en un instante de evocar imágenes cuya nitidez y carga significativa excede con mucho la

palabra misma, es decir se trata de un puente, un símbolo verbal, que nos conecta de inmediato revelándolo con aquello que por su naturaleza es indefinible.

Por otra parte el hecho de que el lenguaje se exprese a través del verso, es decir sea ritmado, contribuye también a facilitar esta comunicación con los planos más sutiles del ser, único objetivo de la verdadera magia. René Guénon remitiéndonos a la poesía primigenia nos dice que la imagen en el mundo humano del “lenguaje de los pájaros”³¹ o “lengua angélica”,

es el lenguaje ritmado, pues sobre la “ciencia del ritmo” que comporta por lo demás múltiples aplicaciones, se basan en definitiva todos los medios que pueden utilizarse para entrar en comunicación con los estados superiores (...) Por eso también los libros sagrados están escritos en lenguaje ritmado, lo cual, como se ve, hace de ellos otra cosa que simples “poemas” en el sentido puramente profano del término; y por lo demás, la poesía no era originariamente esa vana “literatura” en que se ha convertido por una degradación cuya explicación ha de buscarse en la marcha descendente del ciclo humano, y tenía un verdadero carácter sagrado.

Los versos de Shakespeare nos recuerdan aquella función. La melodía cíclica de su recitación³² evoca en nosotros mundos extraños pero al mismo tiempo familiares, y nos sumerge en una atención concentrada abierta a lo alto, al silencio, al que accedemos a través de los canales de pasaje o rupturas de nivel que de repente provoca la síncope de un cambio de ritmo, la quiebra de un compás aparentemente inesperado pero imprescindible.³³

Si bien es verdad que en todas las obras de Shakespeare está presente, en mayor o menor medida, este diseño inteligente cuya teurgia nos conduce a través de la escala que une los distintos planos de la realidad, también es cierto que hay una de entre todas ellas que por su estructura y concepción merece especialmente el calificativo de esotérica: nos estamos refiriendo a *La Tempestad*. Es ésta una de las últimas obras escritas por Shakespeare que, inspirándose en los relatos de naufragios y crónicas sobre las aventuras hacia el Nuevo Mundo, nos narra las vicisitudes del mago Próspero, quien confinado en una isla remota con la única compañía de su hija Miranda, vive entregado al ejercicio de las artes mágicas. Sometiendo sus estados inferiores representados por el monstruo Calibán y, a través de Ariel espíritu del aire, invocando los estados superiores, deshará los nudos de la adversidad y establecerá de este modo un nuevo orden dentro de sí y en su entorno. Durante el transcurso de la representación sabemos que Próspero, duque de Milán, después de ir delegando paulatinamente sus responsabilidades políticas para poder dedicarse exclusivamente al estudio de las artes mágicas —que no son otras que las Artes Liberales— fue traicionado por su propio hermano. Ahora pues y utilizando sus poderes³⁴, logrará canalizar una sucesión de acontecimientos, como por ejemplo desencadenar la tempestad con la que se inicia la obra, y el posterior naufragio en la isla de una serie de personajes entre los

que se encuentra su hermano. Tras diversas catarsis que se resolverán en el perdón —a los demás y especialmente a uno mismo—, se compondrá un futuro esperanzador, un renacimiento que vendrá simbolizado por las bodas de su hija Miranda, a la cual Próspero ha transmitido todo su saber.

La obra, excepto una breve introducción que se sitúa en un navío durante la tempestad, transcurre en el marco de una isla, y su duración es de tres horas, tanto en el tiempo real de la representación como del transcurso de los acontecimientos escenificados. Estamos pues en un enclave espaciotemporal muy bien delimitado: la isla es el espacio acotado, símbolo del Centro del Mundo, donde se conjugan todas las dualidades, las que asimismo son devueltas de la aparente dualidad a la unidad original a través de su conciliación que el número tres simboliza. Dicho enclave es el nuestro, nuestra isla o círculo desde cuyo centro cada cual es maestro de sí mismo. Desde donde conocemos que todas las encrucijadas son una sola encrucijada, y desde donde sabemos con Próspero que “Todo el mundo es un escenario”.³⁵

Alegraos, señor, que ya terminó la fiesta. Los actores,
como ya os dije, eran espíritus y se desvanecieron
en el aire, en la levedad del aire.

Y de igual manera, la efímera obra de esta visión,
las altas torres que las nubes tocan, los palacios espléndidos,
los templos solemnes, el inmenso globo, y todo lo que en él habita,
se disolverá;

y tal como ocurre en esta vana ficción
desaparecerán sin dejar humo ni estela. Estamos hechos
de la misma materia que los sueños, y nuestra pequeña
vida cierra su círculo con un sueño.³⁶

Un escenario puesto a nuestra disposición para conocer nuestros límites encarnándolos —también dramatizándolos—, para simultáneamente trascenderlos.

Ordénale (a tu alma) incluso que se remonte al cielo, no tendrá necesidad de alas: nada puede obstaculizarla, ni el fuego del sol, ni el éter, ni la revolución del cielo, ni los cuerpos de los demás astros, sino que ascenderá en su vuelo a través de todos los espacios hasta el último cuerpo. Y si todavía quisieras perforar la bóveda del universo mismo y contemplar lo que hay más allá (si es que existe algo más allá del cosmos), puedes.³⁷

NOTAS

- (*) [Este artículo apareció originalmente en la Revista *SYMBOLOS* N° 31-32 (Barcelona 2007). N° doble monográfico dedicado a "[Historia y Geografía Sagrada](#)". No hallándose ya en la web de la revista se publica hoy aquí con el permiso de su autor.]

- 1 *Poimandrés*, XI, 19. Traducción que consta en *Hermetismo y Masonería*, de Federico González, Apéndice 1. Editorial Kier, Buenos Aires, 2001.
- 2 Federico González. *Las Utopías Renacentistas*. Editorial Kier, Buenos Aires, 2004.
- 3 El poder de la Contrarreforma estaba representado por España y su monarca Felipe II cuyos intereses se oponían diametralmente a los británicos. Isabel I supo canalizar el antagonismo entre ambos países, al que contribuyó decisivamente la ejecución de María Estuardo, reina escocesa, baluarte del catolicismo. Por otra parte Isabel I necesitaba romper el monopolio comercial español para asegurar el crecimiento británico, ayudó además a los rebeldes holandeses en su lucha por la independencia y fomentó el castigo de la marina española permitiendo las escaramuzas de piratas como Drake. El punto culminante en este pulso de poder lo supuso la derrota de la Armada Invencible en el año 1588, la cual vino a proclamar la hegemonía inglesa y a un nivel también el triunfo del protestantismo.
- 4 El comercio, arte de la negociación, está auspiciado por Hermes. El arte del intercambio, como todo, también tiene distintos planos de lectura, desde el puramente económico (físico), otros niveles que tendrían que ver con las relaciones psicológicas como es el caso, y niveles más altos que dan sentido a los precedentes y que nos hablan directamente de la complementación de lo aparentemente opuesto
- 5 Se dice que fue educada como un varón, lo cual teniendo en cuenta su época significa que tuvo acceso a todo un conocimiento que por aquel entonces estaba en parte vedado a su sexo. Estudió lenguas clásicas, historia, retórica y filosofía, y en mayor o menor medida todas las Artes Liberales.
- 6 En la paradoja se hace compatible aquello que mediante la razón se ve como excluyente; se trata por tanto de una ayuda, un impulso a formas más elevadas de concepción. (En otro orden de cosas también parecería un contrasentido el apelativo de Reina Virgen a quien se atribuyen relaciones amorosas con distintos de sus “favoritos”).
- 7 A dicho círculo también se acercó Erasmo de Rotterdam quien al llegar a Inglaterra en el año 1499, describe la impresión recibida por el ambiente que allí se vive: “He encontrado aquí un humanismo y una erudición tan grandes, tan exentos de toda vulgaridad y tan logrados, lo mismo en la vertiente latina que griega, que se me han quitado las ganas de volver a Italia. Cuando escucho a mi amigo Colet, me parece estar oyendo al mismo Platón. ¿Quién no reconocería en Grocyn un dominio de todos los saberes? ¿Puede darse algo más penetrante, más profundo y más exquisito que el juicio de Linacre? ¿Dónde encontrar un natural más amable, más atrayente y más feliz que el de Tomás Moro?”. Fragmento de una carta citado en la Introducción del libro Tomás Moro: *Utopía*. Alianza Editorial. Madrid.
- 8 Ver el capítulo sobre Tomás Moro de *Las Utopías Renacentistas*.
- 9 Para intentar legitimar dicho divorcio, el monarca consultó la opinión de Francesco Zorzi acerca de las distintas orientaciones que aparecen en el Antiguo Testamento, sobre la legalidad o no de contraer matrimonio con la viuda de un hermano difunto (Catalina de Aragón era la viuda de su hermano Arturo). También se dice que con esta finalidad buscó la opinión de varios rabinos judíos, lo cual es interesante en una época en la que oficialmente no había judíos en Inglaterra pues habían sido expulsados en 1290 y no serían admitidos hasta el reinado de Carlos II.

- 10 Dicho fracaso se evidenciaría especialmente en las expectativas de la boda de la princesa Isabel, hija de Jacobo I, con el Elector Palatino del Rin.
- 11 Este es el auténtico significado del sacrificio (de *sacrum facere* hacer sagrado), la vivencia y entrega de uno mismo como una verdadera unidad, y no su acepción religiosa y dual.
- 12 Dee fue nombrado primer astrólogo de la reina y le asesoraba en sus decisiones, también seleccionó el día más propicio para su coronación.
- 13 Introducción a la edición de *La Mónada Jeroglífica*, de Ediciones Obelisco, firmada por Luis R. Munt.
- 14 Los Tudor pertenecerían a una antigua estirpe británica descendiente del rey Arturo –y a través de éste al legendario Bruto que dio nombre al país–, lo que justificaría que Isabel I reclamara lejanos territorios, y legitimara la expansión marítima.
- 15 John Dee, *The Worl of an Elizabethan Magus*, Peter J. French, Ed. Routledge & Kegan Paul, London, 1972.
- 16 En la obra de Philip Sydney, que además de poeta fue un hombre de estado y un intrépido soldado, se hace patente la idea que más tarde volveremos a ver en Shakespeare, del poeta como un mago capaz de crear nuevos mundos. Muy en especial a través suyo se manifiesta la influencia de Giordano Bruno y su Arte de la Memoria –basado en el poder evocador y regenerador de las imágenes visuales–, en el Renacimiento isabelino.
- 17 *La Filosofía Oculta en la Epoca Isabelina*, Frances A. Yates. Fondo de Cultura Económica. México, 1982.
- 18 A ello contribuyó su relación con Edward Kelly, personaje oscuro –tildado de embaucador y de “soplador” con pretensiones de alquimista– que parece haberse aprovechado de la posición de Dee, “ayudándole” en sus labores como en la invocación de entes angélicos. Se ha dicho también que algunas de estas actividades pueden haber sido efectuadas como cortina de humo para distraer de las verdaderamente importantes, ligadas a la misión de Dee de más vasto alcance.
- 19 *Mathematicall Praeface to the Elements of Geometrie of Euclid of Megara*, John Dee.
- 20 Como en otros fragmentos bíblicos, vemos en este como la Providencia se vale de lo que a un nivel parecería una trasgresión a las leyes establecidas, para forjar sus designios.
- 21 En verdad este doble sentido es simultáneo, y no podría ser el uno sin el otro.
- 22 Padre del ya mencionado Rodolfo II.
- 23 *La Mónada Jeroglífica*.
- 24 La anagogía se refiere a la interpretación metafísica de las sagradas escrituras.
- 25 En el teorema XVIII por ejemplo se expone lo que parece ser una fábula que narra las vicisitudes de un escarabajo que se sirve de bolas de estiércol para romper la cáscara de un huevo de águila...
- 26 Frances A. Yates, *La Filosofía Oculta en la Epoca Isabelina*.
- 27 Representan los tres principios presentes en todas las cosas. La neutralización entre la energía celeste y ascendente, *sattwa*, y la descendente *tamas*, da lugar a *rajas* la cual genera por expansión el plano horizontal.

- 28 De todas formas es cierto que en los poemas de Spenser, como más tarde en los de John Milton, no se advierte esta lectura transgresora, dejándose más bien advertir en ocasiones un tinte que años después degeneraría en moralismo. En realidad ambos son considerados escritores “puritanos”, en la acepción que tuvo en un principio esta palabra, ligada a un movimiento que surge dentro de la iglesia anglicana en la segunda mitad del siglo XVI, y que tiene que ver con un intento de crear un entendimiento entre el catolicismo y las ideas reformistas protestantes. Es curioso que con los años la palabra “puritanismo” se haya convertido en sinónimo de rigidez moralista especialmente en el terreno de lo sexual.
- 29 Se dice que en su obra se utiliza un vocabulario de unas veinte mil palabras, mientras que por ejemplo Víctor Hugo emplea aproximadamente unas nueve mil, y un intelectual inglés no dispone de más de unas tres mil.
- 30 Autor de *La Nueva Atlántida*, utopía que como el argumento de *La Tempestad* de Shakespeare se desarrolla en una isla.
- 31 René Guénon, *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- 32 Shakespeare al igual que otros poetas isabelinos emplea mayormente el “pentámetro yámbico”: verso de cinco pies, cada uno de los cuales suele estar compuesto por dos sílabas, una no acentuada y la otra sí, y acaba con una sílaba opcional no acentuada al final.
- 33 De ahí la enorme dificultad que entraña la traducción de Shakespeare a otros idiomas. Por una parte es inevitable la merma de matices y la distorsión de los distintos niveles significativos de un vocablo, y por otra la pérdida inevitable de aquel ritmo que viene dado por el uso de ciertas palabras, acentos y figuras métricas.
- 34 Shakespeare se encarga de diferenciar nítidamente dichos poderes de cualquier tipo de hechicería o magia negra. En este sentido vemos como el personaje de Próspero en muchos aspectos se inspira en la figura de John Dee.
- 35 En el teatro *The Globe* aparece inscrita en su tejado, adornado con un globo, una cita en latín de Petronio que reza: “Totus mundus agit histrionen”, “Todo el mundo es un escenario”.
- 36 *La Tempestad*, Acto IV, Escena I.
- 37 Poimandrés, cap. XI, 19. Traducción que aparece en el libro de Federico González *Hermetismo y Masonería*, Apéndice 1 (continuación de [la cita de] la nota 1).

<https://www.2enero.com/textos>